

## y Conversos

Coordina:  
Eduardo G. RICO

E. G. R.

**Manuel Scorza, Angel Rama, Juan Ibarguengoitia y Marta Traba** han muerto trágicamente en la reciente catástrofe aérea de Barajas. Todos son conocidos en el ámbito literario español y latinoamericano; algunos con gran prestigio y popularidad. **Scorza** intervino una vez en el programa televisivo «La clave». A un hermano de **Angel Rama, Carlos**, fallecido hace poco, debemos un análisis de la crisis española del siglo XX que fue considerablemente útil para los que nos tuvimos que enterar de lo que había pasado en este país y de lo que seguía pasando durante la dictadura franquista, especialmente en sus peores años. A **Marta Traba** la conocí en «La Casa de las Américas», de la Habana. **Juan Ibarguengoitia** pertenecía a la «cuadra» de escritores de Argos Vergara. **Marta Traba**, argentina, era una excelente novelista que había ganado el premio Casa de las Américas, estilista y buena dominadora del castellano.

Estaba casada con el ya citado **Angel Rama**, uruguayo, al que debimos, y debemos, una labor constante en aquel periódico único, «Marcha», de Montevideo, que era poco menos que el órgano de expresión de toda la izquierda continental. De todos ellos, el de más prestigio y popularidad era sin duda **Manuel Scorza**, el de «Redoble por Rancas», premio nacional en su país, el Perú, por un libro de poemas, escritor nominado para el Nobel en 1979, perseguido por la dictadura del general Odría, como tantos otros, detenido y deportado; residente, como exiliado político, en Méjico y en Francia, traducido a veinticuatro idiomas, frecuente visitador de nuestro país. Era **Scorza** un hombre del «boom», ese fenómeno del que dijimos, hace diez años, que había estallado por la revolución cuba-



## Scorza dejó en París una novela inédita

● Se titula «El descubrimiento de Europa»

na, que se había organizado en torno a ella, a la que debía su lanzamiento en el mundo, con la colaboración de **Carlos Barral**. Tuvo que venir **Rulfo** a decirles, el año pasado, a los críticos e informadores de aquí, que tal hecho era absolutamente cierto.

**Scorza** era un trabajador infatigable. Y ahora, la noticia: ha dejado en París un texto importante, el de su última novela, que si no hay novedad saldrá postumamente en una editorial de Barcelona.

La novela, cuya adquisición gestionan varios agentes literarios, se titula «El descubrimiento de Europa». Se trata de la historia de un indio peruano, poco menos que analfabeto, al que las circunstancias colocan al frente de la edición de un periódico local. Hombre, como decimos, carente de cultura, desconoce lo que pueda existir más allá de su horizonte. Resumiremos parte del resto de la narración. Un buen día, el protagonista es avisado de que existen otras tierras allá lejos, después de

atravesar un mar. La noticia le conmueve de tal modo que todas sus aspiraciones se centrarán en acercarse a la costa y montar una expedición que tendrá como fin el descubrimiento de aquella tierra de bárbaros. Le enseñan libros de historia, pero no los comprende, y duda por cazarería y miedo al engaño.

Se prepara la expedición y salen en un barco a la mar. Ya en plena navegación sus marineros lo nombran **almirante**. Por fin, al cabo de largo tiempo, alcanzan las costas europeas, concretamente las españolas. Descienden del barco y allí les aguarda una masa de «camisas azules» que les saludan brazo en alto.

Este es el esquema. Aparte del humor, la ironía y la parodia del planteamiento, hay en esta novela de **Scorza**, como en todas las suyas, una clara intención política. Si ha existido alguna vez un escritor «comprometido» hasta la médula, con todo su talento y todas sus fuerzas, ese fue **Manuel Scorza**. Aún más «engagé» que **Julio Cortázar** y **Gabriel García Márquez**, los grandes del «boom».

Sus herederos decidirán el destino de esa novela inédita que el infortunado **Manuel Scorza** dejó en París. «El descubrimiento de Europa» será, sin duda, su éxito póstumo.

● Varios editores españoles intentan recuperar el escrito

El último libro de Cortázar

## El viaje intemporal de dos cronopios

**S** OLO a un par de cronopios como **Carol Dunlop** y **Julio Cortázar** podía ocurrírseles tal proyecto (los cronopios, como todo el mundo sabe, son seres dulces, imprevisibles, creativos y buenos), aplicadamente planificaron los detalles, hicieron acopio de vituallas y establecieron un programa científico para la expedición. El 23 de mayo de 1982 todo estaba dispuesto, las reglas del juego eran las siguientes: «Primero: Cumplir el trayecto de París a Marsella sin salir ni una sola vez de la autopista. Segundo: Explorar cada uno de los paraderos, a razón de dos por día, pasando siempre la noche en el segundo sin excepción. Tercero: Efectuar relevamientos científicos de cada paradero, tomando nota de todas las observaciones pertinentes. Cuarto: Inspirándonos en los relatos de viajes de los grandes exploradores del pasado, escribir el libro de la expedición.» **Fafner**, el dragón rojo, que por

cuestiones de discreción prefería hacerse pasar por una camioneta Volkswagen, calienta motores. La aventura iba a comenzar.

**L** A expedición se plantea como una verdadera paradoja, ya que no se trata de llegar a ningún sitio, sino de invertir el espacio, el tiempo y la finalidad del trayecto. Sabido es que hoy hay que correr mucho para llegar a la misma ciudad de la que se parte, pues cualquier otra ciudad acaba por parecerarnos un barrio más o menos peculiar de la nuestra propia (una de las peculiaridades más notables es el empecinamiento que, sus gentes ponen en comunicarse en inglés, francés, flamenco o persa según los casos). Viajar ya no es tomar contacto con lo extraño sino asegurarse de la homogeneidad de un mundo estereotipado y confortable. Para unir los puntos de partida y llegada se traza el medio artificial de la autopista, en la que uno, inseminado en su cápsula utilitaria, puede comprobar cómo el espacio euclídeo se reduce a la línea recta de una cinta de asfalto. ¿Pero qué pasaría si invirtiéramos los términos? La autopista establece un espacio geométrico, homogéneo, reiterado; sin la diversidad o la premura de la llegada el tiempo se estanca en lo eterno, y los paraderos y áreas de picnic reproducen, idénticos, la oferta de una civilización, que remedan, en su localización desértica y surrealista. Cuando ya no existen selvas vírgenes ni nuevos mundos a explorar, introducirse en esta zona que el desarrollismo urbanístico-industrial ha creado puede representar una nueva experiencia de la aventura errabunda.

**L** A metáfora «autopista» ya había tentado anteriormente a **Cortázar** en su relato «La autopista del sur» (la misma en la que ahora vamos a seguir su viaje). Se trata, como siempre, de deslizar un poco los contornos de la realidad, trastocar alguna de sus costumbres y evidencias, para que el gozo transgresor, nos llene de lucidez, asombro o simple magia lúdica.

**P** UESTOS dichos elementos desde el comienzo, el libro se convierte en la narración tierna y sencilla, poblada de reflexiones y hallazgos, creando la atmósfera especial donde germina lo humano y lo literario en una mitología familiar que ellos nos dejan compartir. Así, vemos cómo nuestros dos protagonistas-autores se nos convierten en la osita y el lobo, e intentan mantener a raya a los demonios; cómo entre las manos nos va creciendo el trayecto, a golpe de diario de ruta, salpicado con las ilustraciones realizadas por **Stephane**, hijo de **Carol**, las fotografías del viaje, detalladas descripciones del menú, apócrifas cartas de una observadora, personajes de otras obras de **Cortázar** como **Calac** y **Polanco**, hallazgos de fieras hormigas y transeúntes babosas, o extractos de un manual de lobos...

**P** ERO toda esta descripción quedaría desdibujada si no dijéramos, además, que este libro es un relato de amor; escrito a cuatro manos, nos abre sus páginas con la hospitalidad del amigo entrañable. **Carol** y **Julio**, la osita y el lobo, trenzan una historia de ternuras y cariño, libre de barroquismos y ocultamientos, pues «hay que decirlo todo (no en el sentido de «no callar nada», sino de darle al todo su libertad mientras se escribe)» y por ello aceptamos gustosos esta invitación, hasta que la bienaventuranza se nos quiebra cuando llegamos a las últimas páginas, a la foto común de la contraportada... A **Julio**, lobo blanco, grande y niño, que ha ultimado la ordenación de este libro, escrito y vivido a dos, que nos mira con sus ojos desmesurados y tristes, que desde la foto estrecha los dedos de **Carol** negándole al menos que salga de ese otro espacio que ahora es el viaje y el libro, lugar intemporal donde el lobo y la osita hacen el amor y saltan de sus fotografías. Pues basta abrir de nuevo la primera página para que **Fafner** torne a hacer rugir sus motores, para que **Carol** conjure de alguna manera esa muerte que la arrebató hace ahora un año.

Rosa María RODRIGUEZ

**Carol Dunlop** y **Julio Cortázar** «Los astronautas de la cosmopista. Muchnik editores. Barcelona. Noviembre 1983.



# LOS DIEZ MANDAMIENTOS

## En la línea de Le Carré

**JULIAN RATHBONE**  
Un espía de la vieja escuela



«Un espía de la vieja escuela», de Julián Rathbone. Argos Vergara.

Siguiendo una escuela que es ya clásica, de Graham Greene a Le Carré, Julián Rathbone asume sus planteamientos esenciales, pero sigue una pista más literaria, más rigurosa, que el último de los citados. Los puntos de referencia son casi los mismos: el espionaje, la intriga y un cierto cinismo en la exposición, ajeno a toda clase de valores morales. El protagonista, que es un arqueólogo de prestigio —universitario, como tantos otros de la vida real y de la novelesca— realiza espionaje para su país, Inglaterra, descifrando los documentos nazis en la guerra mundial. Luego, su actividad se desvía en favor de los soviéticos, y penetramos en el corazón de la trama. Lo demás, es mejor que lo averigüe el lector. Para eso se escriben, y a veces bien, como en este caso, las novelas policíacas y de espionaje.

## Para niños y para grandes

**EL GRAN LIBRO VERDE**  
ROBERT GRAVES  
ILUSTRADO POR MAURICE SENDAR



«El gran libro verde», de Robert Graves. Editorial Lumen.

¿Por qué un libro de cuentos para niños, con sus hechizos, su fantasía irracional, su ilogicismo, puede también convertirse en un libro para los mayores? El secreto, en el caso de «El gran libro verde», auténtica sorpresa en Robert Graves, se debe a los dibujos, admirables desde cualquier punto de vista, de Maurice Sendar. Esta mínima aventura del niño Jack, su tío, su tía y un gran perro perseguidor de conejos, tiene el doble valor de las firmas que lo avalan y de la calidad de sus respectivos cometidos. Y un valor más, el perfeccionismo con que Lumen ha cuidado la edición, la devolución al libro infantil del carácter de objeto atractivo. Tiene espontaneidad, gracia, ingenio, y además cuenta con una presentación modélica. ¿Qué más podemos pedir?

## Una república conflictiva

REPÚBLICA DE LAS LETRAS

«República de las Letras», órgano de la Asociación Colegial de Escritores, número 8.

Siempre lo ha sido así, una república cruzada de tensiones. Platón ya lo había evisado, aunque quisiera que gobernasen los filósofos. La española de ahora cumple la regla. Pero estamos hablando de una revista y no de una profesión; de la publicación en que se refleja la actualidad de esa profesión, la de escribir. Es el órgano de la Asociación Colegial de Escritores, que está ahí, funcionando, aunque algunos lo olviden. Dirige la revista Ramón Hernández, con la comisión ejecutiva de la ACE como respaldo. En este último número recibido aparece una interesantísima entrevista con Juan Rulfo. Sin embargo, en este comentario nos interesa poner énfasis en el editorial, dedicado a los Premios Nacionales de Literatura y a su despestrado. Nos identificamos con este editorial, contra el oficialismo, la designación de los que deben discernir los galardones; contra el método que se sigue, en definitiva. Hay que cambiarlo.

## Un día la esperanza, y otro, el miedo

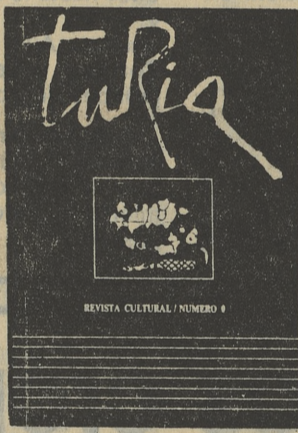
«Con tres heridas yo», de Antonio Hernández. Editorial Ayuso.

ENDYMIÓN  
Antonio Hernández  
CON TRES HERIDAS YO  
poemas

«Este es el comienzo —un día la esperanza, y otro, el miedo— de uno de los poemas de la colección que Antonio Hernández nos presenta ahora con el título de «Con tres heridas yo», según el célebre verso de Miguel Hernández «con tres heridas yo: la de la vida, la de la muerte, la del amor», y que va encabezado por un elocuente verso de Heine: «Los ángeles lo llaman cielo; los diablos, infierno; los hombres, amor.» Este libro, que se presentará hoy en Madrid, ha obtenido el premio de poesía Miguel Hernández. No es el único galardón recibido por la obra del poeta de Arcos de la Frontera. También obtuvo, y aquí damos cuenta de ambos, los de Leonor, en Soria, en 1981, y Gran Premio del Centenario del Círculo de Bellas Artes, con «Diezmo de madrugada», el primero, y con «Homo Loquens», el segundo. Estos dos y el que hoy comentamos forman una trilogía, totalmente separable de las modas al uso y las líneas más enraizadas.

## Pluralidad intelectual

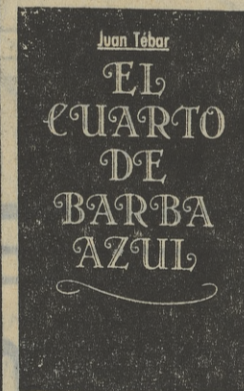
«Turia», revista cultural. Teruel, número 0.



En el sistema democrático que los españoles nos hemos dado, el pluralismo, la diversidad y confrontación de opiniones e intereses, constituye una forma esencial. Hay que trasladar este pluralismo al campo cultural, y, como quería Sartre, desarmar la cultura, no convertirla en piedra arrojada. Así empieza, para nuestra fortuna, la revista «Turia», que dirige Raúl Carlos Maicas, y supone una estupenda muestra de la organización en un número de distintos y aun opuestos puntos de vista. En esta aparición inicial se escribe sobre Buero Vallejo, sobre Poe y Juan Ramón, sobre «España invertebrada hoy» (José Luis Aranguren), sobre el artista moderno y su entorno social (Pablo Serrano). Hay, asimismo, una conversación con Carmen Conde que firma Juan Carlos Soriano, un análisis sobre lo español y lo aragonés, de Federico Jiménez Losantos... También se recogen poemas de Ana María Navales. Hay que seguir.

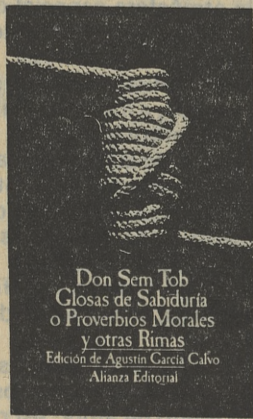
## Los sueños de Tébar

«El cuarto de Barba Azul», de Juan Tébar. Ediciones Alfaguara.



También este libro, como el de Rosa Montero, se merece mayor detenimiento que el de estas pocas líneas, limitadas a dar noticia de su aparición. A Juan Tébar se le conoce en distintos ámbitos. A los cuarenta y dos años ya ha realizado una labor encomiable en diversos niveles. Ha escrito para la radio y para la televisión; ha dirigido, se ha ocupado, del cine en todas sus vertientes, incluida la crítica, y, últimamente, ha destacado por sus tareas periodísticas como analista de la novelística que sigue la línea «negra», de misterio o de intriga, así como la fantástica. En esta novela, que dedica a Lola Salvador por su seudónimo, no se repite su afición por esos géneros. Busca Tébar otras vías en las que predomina su preocupación por el erotismo. Novela breve, escrita según una técnica realista, aunque la pueblen sus fantasmas. Es la primera del autor y merece una especial atención.

## Don Santo



«Don Sem Tob, glosas de sabiduría o proverbios morales». Edición de García Calvo. Alianza Editorial.

Era un judío don Sem Tob y por esas cosas del idioma y de su transformación, corrupción o mejoramiento, según se mire, del pueblo, le llamaban Don Santo. Las rimas de Sem Tob, dedicadas a Pedro I y escritas en los últimos años del reinado de Alfonso XI, constituyen, como reza la definición de los editores, un poema unitario de estructura equilibrada y contenido históricamente nuevo. García Calvo ha trabajado sobre los cuatro manuscritos conocidos. Escribe que no se trata de un poema moral, compuesto de preceptos y reglas para la vida, nacidos de la experiencia, sino más bien de un bosquejo de algo que podríamos llamar lógica moral, es decir, exposición de las contradicciones y la relatividad del juicio de los hombres, que no puede por menos de recordar los restos del libro de Heráclito.

## Como a una reina

«Te trataré como a una reina», de Rosa Montero. Seix-Barral. Biblioteca Breve.



Sin perjuicio de que nos ocupemos más adelante, y en otro lugar de este suplemento, de la novela de Rosa Montero «Te trataré como a una reina», recogemos hoy la noticia de su salida. Es la tercera obra de la autora: sigue a «Crónica del desamor» y «La función Delta». Por lo demás, Rosa Montero es bien conocida como profesional del periodismo. Se inició en este periódico, y actualmente trabaja en «El País». Se conoce menos su actividad teatral en los grupos independientes, como Tábano y Canon. Realizó entrevistas-modelo que marcaron una pauta a seguir por otros profesionales, y obtuvo premios como el Nacional de Periodismo. Según la autora, esta novela que ahora aparece es la primera de las suyas, sin renegar de las anteriores. Opina que la nueva obra es menos autobiográfica y biográfica. Hay que leerla. El prestigio de Rosa Montero la respalda.

## La lucha de clases

«La patronal ante la Segunda República», de Mercedes Cabrera. Siglo XXI de España Editores.

Mercedes Cabrera  
La patronal ante la II República  
Organizaciones y estrategia  
1931-1936



Sobre una documentada información, Mercedes Cabrera, doctora en Ciencias Políticas y profesora de la materia en la Universidad de Madrid, realiza un importante análisis, sin precedentes entre nosotros, acerca de la patronal, sus organizaciones, sus reacciones y su comportamiento antes y durante la Segunda República española. Los historiadores que han consagrado numerosos ensayos al desarrollo de la clase obrera y a la evolución de las estructuras políticas en la España contemporánea no se habían ocupado nunca, con tanta precisión y acumulación de datos, de la actitud de los patronos y sus organizaciones en un período caracterizado por la profunda crisis del régimen de la restauración y de la herencia de esta crisis por parte de la República. El análisis que realiza Mercedes Cabrera profundiza en el problema agrario y en el industrial, se ocupa de la ideología patronal y se detiene, finalmente, en los resultados del triunfo del Frente Popular en 1936. Un buen libro.

## La ciencia y el pueblo

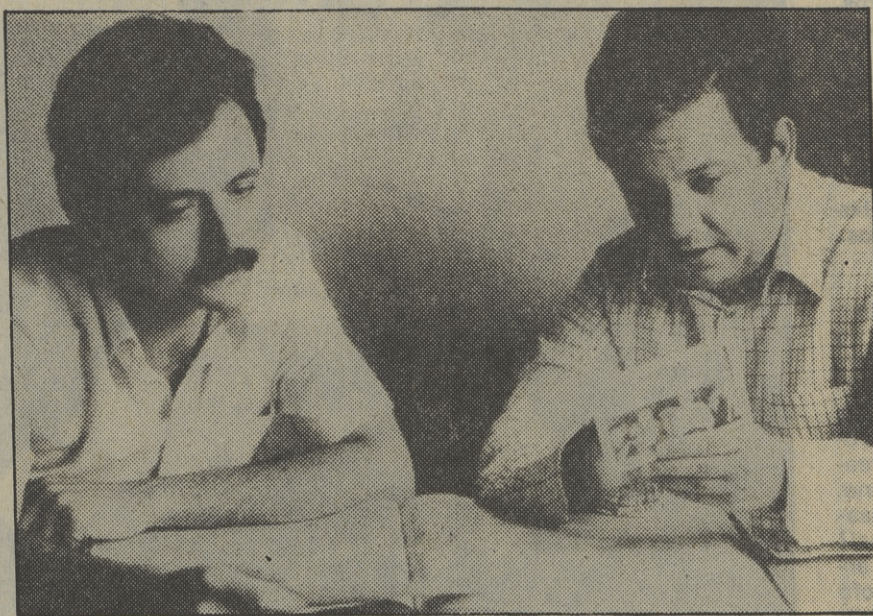
«P. S. N.», publicación de Previsión Sanitaria Naciona, núm. 4.



Al recibir el cuarto número de esta publicación, que edita un organismo cuya finalidad se aleja de objetivos estrictamente culturales, nos congratulamos al comprobar que inicia una nueva época, en la que se registra un importante cambio de rumbo hacia lo popular, lo literario y lo científico, al margen de los intereses corporativos que pueda defender. En este número, que dirige José María Aratamendi Muguerza y en el que figura como ejecutivo J. A. del Pozo del Olmo, se pueden leer trabajos como el dedicado a las fiestas populares de nuestro país; «El pintoresco sucesor de Cajal en la cátedra de San Carlos»; un artículo sobre parques naturales y otro sobre los expresionistas alemanes; un estudio sobre el problema de los disminuidos; un noticiario de la sanidad, etc. Se abre con una foto del ministro Lluich, «en la confianza de colaborar en la Reforma Sanitaria», según reza la dedicatoria.

*Sin secretos*

## Barral: Un juego al gana-pierde



Vega y Jáuregui

*El que gana-pierde, o el que pierde-gana. Carlos Barral, al que tanto debe la democracia española —y esto conviene decirlo en un momento en que son tantos los que se atribuyen la condición de paladines de la nueva situación, sin haber nunca movido un dedo en su favor—, es hoy senador del reino. Así lo ha querido él y así lo han querido sus votantes, y me consta directamente que como tal senador trabaja en serio y bien en la Comisión de Cultura.*

*Esta es otra historia. Carlos Barral ha escrito una novela, «Penúltimos castigos», que acaba de publicar la editorial que ya no es suya, pero —ironías de este país— lleva su apellido, Seix-Barral. Del libro ya hablaremos en este suplemento. Es su primera novela, pero yo diría que es su tercer libro de memorias. La forma es lo de menos. Ocurre que un editor que se siente aludido en esta novela, donde salen a relucir cien nombres de la generación de Barral (recuerdo ahora los de García Hortelano, Marsé, Gil de Biedma, Muñoz Suay, Angel González, Ana María Moix, Goytisolo y muchísimos más), trata de procesar al autor y se suplica a la Cámara Alta la suspensión de la inmunidad parlamentaria del escritor-senador para este caso.*

*Lo lógico en la nueva política-ética sería que la Cámara votara a favor de lo solicitado en el suplicatorio. Es decir, que el senador Barral fuera juzgado. El Pleno se reúne y vota por gran mayoría la denegación de esa solicitud. Barral no vota. ¿Qué hubiera votado? Que se le retirara esa inmunidad, que se le juzgara. Se juzgaría un libro. Aunque en el proceso perdiera, Barral ganaría. Un error del editor supuestamente injuriado, del que arrancan los hechos. Todos los escritores españoles se pondrían a favor de Carlos Barral, que probablemente sería condenado. Por medio, defensa de la libertad de expresión, publicidad, novela, etc. Fines deseables y fines legítimos, unos y otros.*

*Barral ha ganado y ha perdido. Lo curioso del caso es que esta paradoja tonta se produce por miedo. No de Barral, por supuesto. Carlos Barral nunca ha tenido miedo. Por miedo de los que han votado la denegación. Al senador Barral le vendría de perlas perder la inmunidad esta vez. Porque volvería a luchar en campo abierto por todo lo que en el pasado fue su razón de ser: la defensa de la literatura «de combate», expresión que aparece en su libro.*

*Cada día hay más confusión en las relaciones entre literatura y política en este país. Entre los que escriben y los que mandan o aspiran a mandar. En la presentación del libro de Fernando Jáuregui y Pedro Vega «Crónica del antifranquismo» (primer tomo; ya veremos el segundo; ¿cómo lo vais a plantear, queridos compañeros?) había allí «antifranquistas de toda la vida». Seamos serios. Cada uno ha hecho lo que ha podido: el conde de Barcelona y el Partido Comunista. Pero no fastidiemos. La mayoría de los «antifranquistas», con muchas comillas, que están allí, se habían movido en el pasado: unos por cafés, otros por tertulias, otros por cárceles, otros —los que no estaban— empeñaron su vida y la perdieron. En esta hora de las grandes falacias, cuando el gana-pierde manda, y sin demagogia, digamos las viejas verdades: a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Aunque a mí no me gusten las mayúsculas. Quiero decir que a cada cual lo que le corresponde. Lo demás son juegos de palabras en el confortable clima de un hotel de lujo o en los grandes salones con lámparas y cuadros del diecinueve.*

Joaquín CALOMARDE

LEIRIS, M.: «Aurora» L'Imaginaire Gallimard, París, 1983.

## MICHEL LEIRIS, aurora de un nuevo «dada»

QUEDA lejos, no hay duda, la «Aurora», de Nietzsche. Es demasiado alemana para la pluma de Michel Leiris. La leyenda moral, entre aristocrática y wagneriana apenas tiene que ver con este relato de Leiris que se nos presenta con la vehemencia, entre dadaísta y «fin de siècle» de todo lo francés. El texto de Leiris, AURORA, no es nuevo; el relato es del 45, lo que ocurre que no es casualidad la reedición hecha por Gallimard este año ochenta y tres. ¿Por qué volver a editar un, digamos, clásico viviente como este texto? ¿Cuáles son las razones? ¿Qué intereses hacen posible que en Francia se vuelva un poco hacia la añoranza del «dadá» o cosa así?

ME parece que la respuesta no es difícil. La cultura francesa, la «Culture» vive, como el resto de Europa, metida hasta los huesos en la colonización americana. La patria de los ILUSTRADOS, la inhóspita y embriagadora «ciudad luz» ha dejado de ser la reserva, junto con Inglaterra y Alemania, de la «Kultur» europea para convertirse en «chambre» de paso, en pensión albergadora de tercermundismo y tecnología de importación. Y esto es difícil que se lo quite de encima esa ciudad que fue el centro del mundo. AURORA, de Leiris, es, ante todo, una colosal novela, un relato construido a base de juegos constantes de palabras, dominio estético de lo dinámico de la sintaxis y concebida estética de lo absurdo. AURORA no cuenta nada, cuenta la nada. Y es curioso que esta novela se inscriba precisamente en la producción de un autor que como Leiris se ha dedicado a numerosos terrenos de trabajo e investigación cultural: literatura, concretamente narrativa, pintura, antropología, historia del arte, etc... El juego de lenguaje, la estrategia estructuralista «avant la lettre», de Leiris, es, en todo momento, brillante, bien construida y decididamente conseguida. AURORA es esa típica novela algo así como un «nouveau roman» en el que, quizá por vez primera, se lleva, eso, el estructuralismo al relato. Wittgenstein ya dijo que el lenguaje no es sino un conjunto de juegos lingüísticos en los que cada palabra, cada concepto, cobra su significado por el uso que en ese juego le da el autor. Pues bien, esta idea es aplicada a la perfección en la novela de Leiris. Una palabra, una oración es sólo el simulacro necesario para que la dinámica del discurso surja y se produzca. No se trata de contar nada, se trata de dejar que la prosa se estructure y organice de acuerdo a los

cánones que le son propios, a las secuencias y recurrencias que le son necesarias. Establecer de esa manera «un espacio narrativo» abierto, libre y plural. AURORA descubre la novela sin narrador, la novela sin tema ni argumento, el puro juego del lenguaje, el mero divertimento verbal. Si, como supone Lacán, el inconsciente está estructurado como un lenguaje, la novela, la narrativa verbaliza conscientemente el entramado sintáctico-formal del mismo.

Se trata de abrir, ya digo, un espacio donde todo, absolutamente todo, está permitido, donde todo es posible. Narrar se convierte en Leiris en la posibilidad no clausurada de establecer un discurso que se tiene a sí mismo, a su propio producirse y emitirse, por lo más genuino y original. Todo tiene su sitio en el «espacio narrativo» porque dicho espacio no es sino una metáfora con la que designamos el espacio real del mundo. La narración es eso, la Aurora de nuestro mundo, de nuestro universo, de nuestro poblado espejismo. Escribir, narrar se convierte, desde este punto de vista, en una tarea próxima al dar a luz, al extraer del caótico transcurrir de las cosas un orden soportable o, al menos, un orden tolerable. El narrador al organizar el «espacio narrativo» está organizándose a él mismo dentro de su universo onírico, dentro de su secreto e íntimo laberinto subterráneo. Y, en ese sentido, la aventura narrativa es una aventura de nauta, de visionario, de explorador del propio texto del mundo, de ahí AURORA. Decía Marguerite Yourcenar que narrar es establecerse en el mundo, conquistarlo. Y esto es lo que hace a la perfección Michel Leiris.

La narrativa francesa contemporánea, salvando quizá a Sartre o a Simone de Beauvoir, apuesta enteramente por la libertad. Hace poco, cuando Philip Sollers escribe «Femmes» está haciendo lo mismo. Se trata de conquistar un lugar, un espacio donde todo sea posible, donde todo esté permitido, donde la libertad del cuento, de la historia, del mundo sea completa. Mallarmé solía decir que «hablar por hablar es la única liberación». Quizá sea ese sentido inconsciente y catártico de la literatura, concretamente de la narrativa, lo que esta AURORA de Leiris haya conquistado, lo que en esta novela se desprende con suavidad: la posibilidad de que la palabra, amén de concepto y teología, sea también juego irremplazable y gozosa reconstrucción de nuestra privada ficción del mundo.

EL DISCRETO IMPERTINENTE

razones más para pasarse a PUEBLO

**PUEBLO PUEBLO PUEBLO PUEBLO PUEBLO PUEBLO**

**SUPLEMENTOS A LA SEMANA**

De lunes a sábado:

- Páginas verdes
- Iluminados y conversos
- Toros
- TELE-PUEBLO
- El puente y
- DISCO-PUEBLO

## A las puertas de la Academia

**F**RANCISCO Ayala es un escritor del exilio y de la espera. Ahora, cuando la edad platea sus libros, su candidatura única para un sillón de la Academia es todo un símbolo. La literatura peregrina se ganará una letra, mayúscula, la «Z», última del abecedario; torre, «zigurat», donde no pudieron subirse ni sentarse, Juan Benet, José Luis Castillo Puche o Jesús Fernández Santos; les faltaron votos.

**F**RANCISCO Ayala, novelista, ensayista, crítico, catedrático. Escritor minoritario, estilista. Su relación con la literatura ha sido de enamorado, vocacional, más que de aburrido oficio, matrimonio para toda la vida. Hay autores que escriben para vivir; otros viven para escribir; reservan lo mejor de su ocio, el tiempo de oro, para escribir, fabular y pensar. Ayala da lo acrisolado de sus múltiples experiencias a la literatura. Sin prisas y con pausas. La historia, la filosofía, el pensamiento, se remansan en este autor, se funden. Y su literatura emerge de esas raíces profundas del estudioso, no erudito. (El erudito acumula saberes, pero no es un creador; tampoco un sabio). El Ayala, el crítico y el creador se confunden. Es un intelectual, con un criticismo perspectivista de la historia nacional (léanse «Los usurpadores» o «La cabeza del cordero»), y al mismo tiempo, un escritor de estilo que da vida a

nombres muertos de la historia, sucesos y símbolos.

**E**L caso de Francisco Ayala, intelectual y creador, es raro en nuestra literatura. Hay moralistas-escritores como Gracián, ilustrados-poetas como Jovellanos, pensadores-creadores como Unamuno. ¿Qué fue Bergamín? ¿ensayista, poeta, intelectual? Está Ortega, mentor del arte deshumanizado, filósofo de cátedra, libros y periódicos, político de la crítica y la teoría. Ortega es el maestro de las nuevas generaciones literarias. Relevo a Juan Ramón en la dirección estética. Ayala había publicado, todavía estudiante, la novela «Tragicomedia de un hombre sin espíritu»; se relaciona con los grupos literarios de entonces: «Revista de Occidente», mandada por Ortega y Gasset y «La Gaceta Literaria», donde oficiaba Giménez Caballero. Ayala es un aprendiz de brujo (escritor) y en obras difíciles como «El



# FRANCISCO

# AYALA

# espera

# el sillón «Z»

boxeador y un ángel» y «Cazador en el alba» ensaya el arte deshumanizado. Los vanguardismos poéticos habían muerto. Pero las revoluciones poéticas siempre han alimentado posteriormente a la prosa. (En el principio fue la poesía, o el caos)

**L**A carrera literaria de Ayala fue truncada por la guerra civil. No cabe duda que sin este desastre de

patria y de historia, la literatura española, sobre todo la novela, hubiese tomado otras direcciones más modernas, en la desolación de posguerra. En su opúsculo «Ideas sobre la novela» escribía Ortega y Gasset: «La esencia de lo novelesco, adviértase que me refiero tan sólo a la novela moderna —no está en lo que pasa—, sino precisamente en lo que no es «pasar algo», en el puro vivir, en el ser y el estar de los personajes, sobre todo en su conjunto o ambiente». Sin la guerra, sin el exilio, la novela posterior a Jarnés o Ayala, hubiese seguido otros caminos distintos al realismo o al tremendismo.

**L**AS guerras acabaron con vanguardismo, deshumanizaciones, estéticas azules, poesía de pure-

za, cántico guilleano, cacionero de Alberti, romances lorquianos. Ni siquiera Ayala, años después, volvió a escribir como escribía. «Los usurpadores», «Historia de macacos» o «Muertes de perro» vendrán a demostrarlo. El mundo ideal se ha roto; era como un vaso. Ahora, desde el fondo de la nada, desde la desilusión, Ayala mirará la mueca de la vida, esa mujer sin rostro que no enamora a nadie. La palabra esperanzada trueca su signo. No importa el significado, la creación que conforma a la estructura. El fondo, desde el perspectivismo de un ojo huero, podrido, del vaso, se hace lenguaje, soez, denuncia, escupitajo del idioma. Su estilo, escatológico, recuer-

da a Quevedo. Se le critica que sus personajes son torvos y fieros. Sobre ello, Ayala ha escrito lo siguiente: «Lo que mis personajes revelan, lo que yo hubiera querido al menos que reflejaran, no es una maldad especial, que no hay en ellos, sino el desamparo en que se vive hoy». (En «Mis páginas preferidas», editorial Gredos).

**A**YALA ha realizado un largo viaje; desde las inocencias vanguardistas hasta el humanismo des-carnado, desde la ilusión al escepticismo. Ahora, con sus libros como único equipaje, espera el sillón «Z» de la Academia.

A. Sabugo Abril

## Lapidario

de CLARA JANES

**P**RESENTAR a Clara Janés estaría de más. Su mismo apellido encierra un prestigio literario por sí mismo para los que empezamos a leer en los años cuarenta. Clara ha publicado libros dentro de una línea en la que se dan la mano el sentimiento, la ternura, el formalismo. Los poemas que hoy publicamos, bien distintos, pertenecen al libro inédito «Lapidario». Es la primera vez que ven la luz.

### AMATISTA

Hurta al rojo su ardiente y noble vena  
y al azul la devota condición  
y con ambos ornatos constituye  
el destello violeta.

Opuesta a la ebriedad es su hermosura  
que a los lirios efímeros ofende,  
perfecto poliedro que al juicio  
el equilibrio presta.

### OPALO

Un secreto en la nube se diluye,  
oval olvido que la luz persigue,  
mas siempre una centella la rescata  
y se ofrece:

resquicio del enigma.

### ZAFIRO

Tomad en vuestras manos esa gema  
que iluminan el hierro y el titanio  
y sosegad los ojos en su centro

donde disuelve al par lamento y lágrima:  
veréis cuanto rescata en armonía  
al creador aliento de las olas,  
rumor de mar que el corindón dibuja  
de las aguas a piedra sometido.

### CORNALINA

Como al tacto suave sometida,  
la piel amante a la amorosa palma  
ve matizarse su ebriedad en rubores,  
así la dulce cornalina ofrece,  
de la carne al anhelo doblegada  
el incendio en su desvelar de albores.

### TOPACIO

A Salvador López Becerra

Dando vuelo a su cuerpo de blancura  
despliega el iris con su prisma intacto,  
cómo imita a la lluvia en su camino  
cuando, ensartadas por la luz sus gotas,  
color concede y tornasol al aire!

## Premio Nacional de Literatura

Anoche se falló el Premio Nacional de Literatura, que recayó en Francisco de Ayala por su obra «Recuerdos y olvidos», síntesis de su existencia fuera de nuestro país. El jurado que concedió este premio —cuya dotación económica asciende a un millón de pesetas— estuvo compuesto por el director general del Libro, Jaime Salinas, como presidente; Manuel Halcón, Antonio Gallego, Juan Ramón Mas Oliver y José Luis Castillo Puche.

Francisco de Ayala tuvo conocimiento del premio que le ha correspondido mediante una llamada telefónica. Posteriormente, el escritor salió de su casa

y permaneció ilocalizable. Nacido en Granada en 1906 es autor de innumerables obras, entre las que destacan «Historia de Macacos» y «El jardín de las delicias».

«Recuerdos y olvidos», libro por el que ha obtenido el Premio Nacional de Literatura, narra su vida fuera de España. Es una obra en la que se advierte la honda huella del exilio y de la soledad. Soledad, plasmada hoy en el aislamiento a que se ha sometido voluntariamente ante la entrega del premio, reconocimiento público a su labor como novelista.

# PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



# TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES